

El Señor Gómez

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Señor Gómez (por Daniel Bernardo Grimberg)

I Escrito a las 11:45 AM

No escribiré banalidades en este perezoso tren con el que he recorrido llanos espacios, meditando algunas cuestiones que lindan con esa extrañeza que es la felicidad. Porque en un abrir y cerrar de ojos procuraré hacer una reforma integral del ayer con la intención que caduquen sus partes horripilantes y engañosas. Observo a los pueblos durante los accesos a las estaciones de abiertos andenes, después de atravesar campos interminables. Es un espectáculo en el que, si bien hay alternancias, no existen variaciones; el camino abunda en nimiedades. Al llegar haré una orgullosa exhibición de mi disciplina, ya que me exalto como el prototípico enamorado que producirá una causal explosión de violencia en un día en el que al fin serán tamizadas las impurezas del pasado sin que mediara indecisiones ni pedanterías. Apareceré en el pueblo como un fortuito viajero del que nadie sabe que hizo una exhaustiva investigación de un hecho que transcurrió como veinte años atrás. Mi proyecto es radical y no será sólo una bestial coacción, sino la ejecución de un repertorio educativo opuesto a la impunidad. Me han pertrechado con las insustituibles convicciones del amor que trastocan aquello con lo que uno estaba familiarizado, y distinguen en la sonrisa de la mujer a algo que se desatiende de la pobreza del lenguaje y se acerca a la idea de la divinidad.

Con Liliana hemos establecido como el principio fundacional que nuestras vidas, que nos uniremos indisolublemente. Gracias a su cariño lo siniestro no encuentra espacio en donde insertarse, y no me permito sospechar: iel verdadero amor no consiente que uno piense mal, debido a que con lo que da ya no hace falta nada!

No salteo a los pueblos que pasan mutilados en las proyecciones de mi mente; estos despiertan alrededor mío, y luego vuelven a dormir dentro de lo que minutos antes habían sido sombras insulsas. No me he dejado dominar por Liliana, aunque admito que temí ser castigado con su indiferencia si no me atrevía a efectuar un gesto de solidaridad con sus desdichas. No me dedicaré a deambular, sino a acabar de una vez con esta comisión sutil y compleja, y darle al infractor un tratamiento hostil por lo sumamente horrendo que le había hecho a mi amada, cuestión que me resulta incómodo relatar (mi responsabilidad se limitará a entregarle la contestación definitiva a las maliciosas conductas que alguna vez llevó a

cabo).

Escudriño entre los verdes paisajes del campo a un sol manchado por algunas nubes, antes de que se abran las puertas en la parada siguiente y el vagón fuera recorrido por brisas aromáticas. Estoy abocado a escribir al hecho heroico que emprenderé con la autoridad del que procura ser severo. Con la impasible marcha del tren, aquello que me rodea se va simplificando junto con la acentuada aproximación a mi objetivo. La rotura de estas fronteras geográficas es equivalente a lo que haré con el desvarío vanidoso de mi enemigo. Aclaro que el problema a resolver no es retórico y tendrá una resolución que no será adventicia, y no me cercarán repelentes testigos (a no ser que los pájaros del cielo revelasen a tontas y ciegas aquello que verían). Mi accionar implicará superar a lo improvisado, curar las heridas que quedaron infectadas y al ubicuo dolor de Liliana que aún las lastima desde los hoyuelos de sus mejillas hasta las puntas de sus pies. Me armé con una enfática determinación que avivará mi relación con la mujer de mis sueños.

Estoy a punto de concretar hasta las últimas consecuencias a mi vertiginosa condición de enamorado; perderé la conciencia moral con la condición de no pasar desapercibido frente a Liliana. Desde lejos, sus ojos me miran inmóviles; entiende que cumplirle sin problemas lo que me encomendó, sin salirme un ápice de sus instrucciones. No me mira con exasperación y tormento, sino con la expectativa que cumpliré con sus metas que me exigen el empleo de un desaforado valor. Ha establecido que esa es la disposición que debe prevalecer en mis ánimos, y que de ningún modo se evanescerá al llegar a Coronel Manso. Me convertiré en un justiciero por la remota mala acción de un viejo que, si bien ya no es verificable continúa siendo recordada en su sustancialidad. He analizado detenidamente a este tema que de ninguna manera es abstracto o intemporal; se trata de la sentencia que Liliana sancionó y que ejecutaré sin sobresaltos.

Ella se sitúa en cada carril de mi universo y en las mutaciones que son las estaciones del ferrocarril, señalándome lo inquebrantable de su ambición (luego habrá tiempo para elaborar perfeccionadas justificaciones de a lo que estoy cerca de cometer). Este movedizo sitio es circunvalado por sus miradas que me obligan a mantener la cabeza en alto, aferrado a mis elevadas metas. Efectuaré paso a paso lo que no se restringirá a ser un efervescente retruécano verbal, y tendrá su origen en las penosas aboliciones que ocurrieron años atrás.

Liliana me acompaña desde antes de que se acabaron las combinaciones urbanísticas y comenzaron a rodar los campos; la diviso sonriente, vigilante, y entremezclándose con los verdes, grises y celestes en los que se alinea el movimiento.

No toleraría al adverso evento de no seguir sus instrucciones, porque me acusaría a mí mismo de ser un cobarde y de soterrar la grandeza que hay en ese reembolso tan lícito como solidario. Y nunca admitiría influencias externas que me señalen cómo encaminarme frente a esta desgarradora situación (siempre he rechazado tajantemente lo que los otros me quieren enseñar con sus pastiches). En verdad, todavía no comprendo la magnitud de la propuesta de Liliana, pero sí a su carácter irrevocable. Y dispongo del derecho de hacer una anticipada conmemoración de mi éxito, porque haré las cosas mecánicamente de acuerdo a implícitas razones que recomiendo al silencio... a lo sumo escribo algunos de sus detalles en este block de líneas cuadrículadas, durante este inadvertido trayecto en un tren que se dirige a Coronel Manso. Soy uno más en el medio de un número casi anónimo de personas, que se desplaza por las vías y está alerta en la espera de los contiguos turnos de pueblos, con la vehemente ansiedad de llegar a un sitio con el que sostiene alguna correspondencia. Estoy dispuesto a inscribir dentro de mi personalidad a algunas notas agresivas (puede que hasta un poco iracundas), con la idea de amoldarme a los patrones de conducta que me dictó Liliana. Armaré un escenario caótico alrededor de un hombre mayor, prácticamente un anciano.... ¿Qué estoy escribiendo?... se trata de un tirano, un sujeto maleducado y roñoso.

A través de mi accionar Liliana vencerá sobre el ayer, y desterrará a sus acechanzas negativas que se repitieron como descalabrados campanazos en su mente. Su felicidad será concebible; obtendrá la paulatina sanación merced al fulminante proceso que pronto desencadenaré. El sensacional revés que sufrirá el señor Gómez tendrá un maravilloso impacto en su espíritu. Ella me explicó que a ese sujeto no le había hecho un escarnio público, ya que eso hubiera traído consecuencias deshonorosas para su familia, y malograría al castigo que forzosamente algún día debería caer sobre su cabeza. Por lo que pergeñó este esquema paralelo para finiquitarlo. Le bastaba que yo haga una notable diferencia en el mundo; sólo me era indispensable distinguir al cuándo y al cómo, y equiparme con la concisión ideal que sellaría el destino de ese mañoso. Y no había nada que reflexionar porque aquello que por mucho tiempo había quedado pendiente, había adquirido una firme dinámica; era cuestión de deshacerse de la ingenuidad, y estipular fríamente lo que (debido a apiladas supersticiones) para unos cuantos era inadmisibile.

Con este asunto había logrado acaparar su atención y que dejara de discreparme cuando la tomaba de la mano. Le confirmé la necesidad que tenía de cuidarla, señalándole que coincidía con todo lo que me decía, y que impondría una culminación al enconado enfrentamiento que había tenido con el señor Gómez, sin que me importase convertirme en un bandolero o alguien diferente del que siempre fui (cosa que no me pesaba, porque nuestras vivencias se tornarían más fuertes que cualquier exagerado asunto policial). Le aseguré que sus tristezas se diluirían con el tránsito que yo haría por el tiempo y los dilatados entornos de Coronel

Manso... mi viaje hasta ese pueblo se había convertido en algo imprescindible, y no en la mustia compasión con que me sentaba a condescenderla. "Esa irrupción violenta se asimilará a una imperturbable demostración de mi amor", le dije con la meta de orientarme bien en su mundo en el que mi presencia obtendría un especial fuste. Luego, aludí vagamente a otras cuestiones que nos proyectarían en una dichosa cotidianeidad, amparándome en sueños que antes no había logrado encaminar.

Me había ofrecido con la mejor voluntad para satisfacer sus intereses, con el propósito que no fueran banalizadas las afrentas que junto con su familia ese hombre le había infringido. A lo hecho por el Señor Gómez, lo revestí con una sulfurosa repelencia, aunque eso también tuviera relación con el difícil trance de matar, ya que "según lo captado por cualquiera que tiene una pizca de entendimiento, la construcción que hace la vida es la muerte, que asimismo se constituye en la paradójica evidencia de haber vivido". A esto se lo expresé distanciado de cualquier hinchazón intelectual, y subrayando que el disparo en la nuca que le regalaré al señor Gómez será una memorable muestra de mi disposición a reparar la vieja realidad que de repente fue rota. Era necesario recurrir al simbolismo de la muerte como el inevitable parámetro en la solución de ese antiguo conflicto, y en ningún momento me arrepentí de haber aceptado ser su virulento ángel u oscuro embajador.

Miren: allá aparece la figura de una vaca; un ser crédulo que se apuesta axiomático sobre un montículo de estiércol. No razona, pero es pragmática en lo referente a suplir sus necesidades; está, ronda, y a veces muge como respuesta al silencio o a la enajenación. Yo no le veo mérito, excepto el de ser parte armónica de la naturaleza. Conoce a esos campos, a los peligrosos alambrados de púas, y no se definiría en forma diferente a la de ser una criatura que lo habita. No tiene angustias ni esperanzas, aunque se encuentra en el seno de la desolación: no sabe que es amenazada por el hambre del hombre que la incluyó en sus mapas fatales. De un tiempo a esta parte será llevada al matadero, sea cual fuera lo que su mente quisiera impostar. Liliana la juzgaría como una inocente víctima, y el cabal ejemplo de la maldad de los hombres que transgreden los naturales protocolos de paz con el fin de saciar a sus carnívoros instintos. Es engordada, por eso tiene garantizado por un lapso a una engañosa "dicha campestre" implementada en las abundancias de pastos, pero un marco distinto y de extremo dramatismo le será entregado por el mero crecimiento de su cuerpo.

Liliana es en sí misma un tribunal que acusa a los hombres por sus sangrientas demandas. Y a menudo, con indignación se detiene en la figura de los matarifes, a los que menoscaba como los causantes de las múltiples vejaciones que se armaban a partir de los continuos desplazamientos de deslocalizadas bestias a pérfidos centros de aniquilación. Ella está estrictamente en contra de la matanza de animales,

ya que es vegetariana, y vela por la salud de todas las criaturas dentro de una cultura que se arroga el derecho a comérselas. Por esta causa ya no es la mujer que erraba sin metas: se unió a una combativa organización de defensa de los animales, y suele entregar a los paseantes de un parque céntrico, un panfleto en que se los invita (con disimulada tensión) a cesar de comer carne.

A mí me enseñó que nos precipitamos a la destrucción por la incongruencia de mantener esos siniestros hábitos alimenticios. Nutrirse con animales es grotesco e implica la pérdida de la equidad, ya que con ese ardid imitamos en forma denodada a lo que a su debido tiempo nos sucederá. La contraparte de matar es morir, a lo fecundo le sigue lo estéril, y a lo deslumbrante, lo tenebroso. Se trata de la vendetta de la naturaleza no exenta de justicia.

La vaca que allí quieta muge, es el emblema del maléfico dominio del hombre sobre otros seres. Yo soy un fiel testigo de esa verdad por la que revoqué mis propensiones carnívoras (cuando eliminé a ese hueco negro de mi personalidad, una sacudida liberadora recorrió integralmente a mi cuerpo). Gracias a Liliana no me aventuro más por esas prácticas detestables.

La vaca es un reposado personaje que nunca causó daño; sólo quiere retozar con los de su género en una multitud de pastizales, mantener privativas distancias con el hombre, y procurar, dentro de lo esencial que nutre al tiempo, el engendramiento de otros cuadrúpedos con sus mismas características.

Liliana también denigraba la historia, y a las religiones que suman globales y negativas ordalías a la humanidad al comparar los substratos inmediatos de la existencia con términos absolutos. Durante irritadas conversaciones destruía a los sacerdotes que habían heredado su poder de los arcaicos druidas; en su sagaz interpretación del mundo no hacía fatuas cortesías hacia quienes se embreaban con los oropeles del poder. Y afirmaba que los espacios comunes se habían contaminado por las recurrentes matanzas de animales, a cuyos trozados cuerpos, superpuestos o separados, se los exhibía en cartuchos de plástico dentro de los supermercados y carnicerías. Debido al hombre, el planeta tierra se había transformado en una celda oscura para las criaturas que se movían con pesadez.

En la próxima hora no me mostraré cómo alguien de hábitos majestuosos, tampoco cómo un indolente, sólo seré aquel que ambulará por periféricos portones de Coronel Manso, frente a fachadas de comercios vacíos y edificios de tan poca altura que apenas cuentan con algún que otro balconcito. Seré quien causará estragos utilizando un instrumento de disolución sin que hubiera de por medio una orden judicial colegida de una específica norma. Decidiré la velocidad que imprimiré a los

acontecimientos con el temperamental vaivén de mi pistola (cuyo metal brillará con la luz del sol), después de hacer una encendida declamación de las denuncias preparadas de antemano por Liliana.

Describo a mi letal programa pese al movimiento del tren, y algunas horas después de notar como la cambiante arquitectura de Buenos Aires terminó achatándose. Ya no se ven muros, y según lo ensamblado a las ventanillas, las calles han sido remplazadas por galerías de hierbas y bosquecillos aislados. No miro a nadie, y siento una ínfima repulsión por los vecinos que me han tocado en suerte, quienes seguramente consagran sus vidas a la mediocridad, y esperan con algo de fastidio arribar a sus casas. Mi mente se acomoda al acordado objetivo, aunque en éste momento me concentró en el acto de escribir, porque siento que, si quiero cumplir con máxima minuciosidad a mi plan, tengo que transferir mis observaciones al papel. Las letras me salen redonditas y acumulan una información que apunta en contra de la hipocresía de los que nos quieren saber nada con la nobleza y la probidad, y juegan a ser indiferentes.

En las siguientes secuencias no aparecerán fantasmas que impedirán que las cartas asignadas al Señor Gómez fueran echadas sobre la mesa. Y no considero una contradicción el redactar estos indiscretos anuncios, y mucho menos que, dentro de un rato, al descender del carricoche, experimente la libertad de aplicar un perentorio método de venganza. Entonces me moveré a mis anchas hasta hacer detonar a mi potente artefacto destructivo. De esa forma, el señor Gómez ya no será convenido dentro de una sucesión de lamentos, sino que se convertirá en un recuerdo trágico que únicamente vivirá si lo mantiene a flote la declinante memoria. Haré brotar esa modalidad que no se encuentra en las amañadas costumbres, ya que no desconsideraré la tupida crueldad de los pretéritos acontecimientos que tanto perturban a Liliana. Me traslado en el espacio con la intención de dar un sentido terminal a los hechos, ya que más que un delito o una tragedia sumaré un poco de honestidad al mundo.

Desde hace algún tiempo hice de este viaje una obsesión; he recortado varios artículos acerca de Coronel Manso en los que se detalla la fascinación de su gente por lo monótono, ya que la ostentación que hacen de la lentitud con que se mueven es una piadosa tentativa de resguardarse de los choques frontales con el tiempo. En esos lares se tejieron ligeras conjeturas acerca de cabras locas que chupan sangren (aunque se asegura que más bien esas trasgresiones son infrecuentes).

Me internó, kilómetro tras kilómetro, por las pampas, con el blanco de llegar a un lugar que me da igual que fuera vistoso o indigente, ya que no me paralizaré en el anhelo de homenajear a ese trozo vernáculo de la provincia. Sólo me concierne ejecutar una eficaz punición y cualquiera otra cosa me resbala. Pisaré enmalezadas tierras, y será suficiente que avance varios cientos de metros para desarrollar la labor que ya he

mencionado. Mi proeza se remitirá al tipo clásico de violencia y restricción, y el punto mayor de mi lucimiento será cuando tiré un balazo sobre quien guardará en sus tripas a un secreto desconcertante. La aparición de ese pueblo me genera abulia, pero bajaré del tren con la suprema intención de construir un indestructible lazo con Liliana (es mi diligencia testimoniar que no soy demasiado pretencioso, sólo aspiró a cumplir con este trashumante rol que me rotulará como alguien confiable y cumplidor, y echará abajo a un viejísimo laberinto durante una de las incontables renovaciones que barajan las horas). A lo largo de mi vida me he destacado por ser pragmático e impecable, y siempre se confirmó que puse avidez en serlo. Es decir, no soy un solitario soñador, sino el futuro autor de una súbita catástrofe que introduciré con el rostro enfurecido.

Sé que el Señor Gómez no es una suposición de mi cansancio, ni una idea que nunca se cristalizó dentro de los traqueteos cronológicos, sino un individuo de carne y hueso que tendrá que conciliarse con lo que me corresponde hacer, ya que nunca obtendría la canallesca oportunidad de alterar la regularidad con que se sucederán los hechos. Y no escucharé los lamentos de ese maligno, por el contrario, le verteré como un vómito lo inmensamente turbio que había hecho. Esas verdades catalizarán su atención, y mi privilegio será observar con un goce afianzado en lo escabroso, como se irá desdibujando su sonrisa. ¡No acallaré los nombres ni las circunstancias que me condujeron a provocar esa etapa abrupta! El hombre percibirá la negrura de mi angelical despliegue de la misma manera con que se acepta un desastre natural, es decir, como una amenaza que se ve venir y es imposible de obviar puesto que arribaría de cualquier manera. La que efectuaré será en concordancia con la justicia que repele que el azar siguiera haciendo absurdas circunferencias por el universo.

Sé del Señor Gómez como de los caballos, las aves de corral, y los salpicados lodos que tendré que superar para llegar a su lado (andaré por un camino de ira, aunque de afuera se me viera tranquilo). También, que cerca suyo hay una yegua llamada Clarita a la que a menudo aporrea, y a quien protegeré; esta no se ubicará más en ese centro anárquico, sino que por un tiempo caminará en las serenas periferias. Lo visitaré como un profeta de la muerte, y sacaré frente a sus narices a mi recientemente lustrado revólver calibre 38, que llevo en el bolsillo, está cargado, y hará la única disquisición válida de la mortalidad con un genuino hincapié en lo caballeresco. Con un estampido estallarán sus costumbres, y eso servirá para liquidar la inmunda época que aún subsiste en la mente de Liliana. Ella me vinculó con el Señor Gómez con el fin de producir un ineludible encuentro dentro del plano de lo real, cuya dirección es enunciada por los cruciales tic-tas de los minutos.

Pronto ocasionaré al famoso desfallecimiento que jamás se disipa, es decir, la muerte, pero antes le escupiré en la cara una declaración que más allá de que sea verdadera o falsa, para Liliana resulta inapreciable. A

través de esa clara alocución ataré a los horrendos contextos del pasado con la actualidad (de la que me consideró un espectador precavido). Ese hombre, incapaz de adaptarse a las demandas de la tecnología moderna, constatará que se halla en el medio del desamparo, sujeto a un confinamiento que ni siquiera había constatado en sus peores pesadillas. Y en el ultrajante instante se vaporizará todo aquello en lo que había creído... sin importar cuan acendrados fueran sus clamores de inocencia.

Asumí este viaje con esa expeditiva consigna. Veré al Señor Gómez, una persona que se rehúsa a hablar con civilidad, un huraño que a veces grita en forma azorada, y esgrime fantasías que no se ajustan dentro de una unidad coherente. Liliana me dijo que, si bien la vejez menguó a sus sentidos, mantiene su insana codicia: cuenta a cada hora su dinero, y sólo se interesa por la rentabilidad que producen algunas operaciones comerciales que considera incontrovertibles. Y no vive muy lejos de la estación de ferrocarril. Pienso que se mueve entre alucinaciones, no se adecua a las presupuestas medidas del mundo, y no lo dirige más la jactancia, sino el retardo. Estará tribulado e impugnaré lo primero que parejamente le dijera, o intentará manipularme con oraciones poco sencillas e irónicas, tal como solía hacer. De todas formas, en esta irrevocable fecha del mes de septiembre ocurrirá una triste remoción con suma puntualidad, y ese hombre dejará de atañerme porque las cosas pasarán a ser como debieron haber sido. Se producirán los aletargados efectos de las malas acciones que el viejo arremetió en el pasado, ya que cada persona genera su destino (aunque esta expresión caiga bajo la sospecha de entrar en el cliché que sermonea que hay que administrar la vida con propiedad). ¿Sabes?, lo que me dijo Liliana del Señor Gómez no fue algo que lo favoreció. Por eso lo condenaré luego de acusarlo de ser un monstruo, y con la anuencia de mi libre albedrío dispondré del minuto perfecto dedicado a su aniquilación. Entonces, pasmado o con asombro, develará al misterio de su ocaso como el patológico y sufriente individuo que fue.

II Escrito a las 5:30 PM

El tren se detuvo, y me estremecí por lo cerca que estaba de aquella paradoja (en ningún momento se manifestó un antagonismo entre el ideal de Liliana y mi estoica conducta). Me había plantado en un punto terrenal en el que el cielo se hallaba inmóvil, no había nubes ni las tempestades que estas a veces esconden, a la vista. Me pareció percibir en la atmósfera y en las sedentarias copas de los árboles, la pretensión que la vida tenía una indefinida duración. La de Coronel Manso era una estación de ferrocarril fácilmente definible: se componía de múltiples y huidizos postes que, al frenar el vehículo, se iban estancando en unos pocos, hasta que quedaban dos o tres que reunían la suficiente sinceridad de hacerse estáticos. Más atrás se veían calles que se cruzaban en las esquinas, y algunos comercios inmersos en el ostracismo tradicional. Casi no había

gente que pudiera hacer valoraciones de mi figura que retrocediesen a sospechas. Al alisarse completamente el balanceo salí del vagón metálico, y me cimenté en el suelo, aunque por unos segundos me pareció que caminaba sobre escombros.

Me repetí que el Señor Gómez había torturado a Liliana, y que ella había empleado indispensables alegatos con el objeto de que no hubiera en mí indeterminación y mantuviera afilados mis instintos justicieros. Sólo si me subordinaba a sus relatos obraría con la ansiada contundencia. Y no permitiría que ese tipo me falseara (su cizañera lengua no me ablandaría). Avance a sabiendas que bastaban pocas cuadras para que lo rural se mezcle con lo urbano. Pasé por una plaza rectangular en cuyo centro había una bandera, y clavé mi vista en el ángulo de un poste en el que reconocí rápidamente al nombre de la calle que esperaba encontrar. Aquello sería tan fácil como un juego de niños; nadie me conocía ni recordaría mis rasgos durante mi breve estadía en ese sitio; a pesar de ser un forastero, no atraje hondas perspicacias ya que no me topé con curiosos que se tomaron la licencia de observarme. Y si lo mataba, Liliana me llevaría con sus manos de uñas esmaltadas con rojos brillantes, a un aislado lugar dónde me enaltecería con su cariño (ella juró que eso era lo que me correspondería por "capear al temporal"). No debía realizar ningún acto teñido de cobardía, si quería que se sucedieran episodios que prometían ser alucinantes. Según Liliana, me escabulliría fácil de ese polvoriento pueblo después de cumplir con mi asignación... predicción que en esta hora compruebo su certitud, a la par de sentir retorcijones en el estómago y abrigar nauseabundos sentimientos.

Créanme que bajar a una estación de tren para efectuar un crimen es algo desconcertante; se trata de un acontecimiento infrecuente y poco honroso que una persona normal prefiere omitir y hasta censurar. Pero sin profundizar en estas admonitorias palabras que acabo de escribir, en ningún momento abandoné la decisión de cumplir con mi objetivo, y reaccionar con planificada violencia dentro de un sitio espesamente claustrofóbico. Lo único que me daría claridad era terminar de una vez y para siempre con sus desvergonzados chanchullos y las desagradables técnicas con que lograba que fueran consentidos, como el hombre competente y avezado que me había atribuido ser. Fui elegido por Liliana como el filoso cuchillo de su venganza, y nunca me quejé por mi reducción a tal grado de automatismo. Llevé a cabo exitosamente a esa inesperada agresión porque hubiera sido deleznable llegar hasta ese crucial punto, y no desenvainar mi arma y disparar.

Esa retribución cancelaría a su hostil astucia antes de que su vida naturalmente chocase con el empuje de la muerte a través del ruinoso proceso de fatiga. Pero me pregunté, ¿qué tal si el Señor Gómez fuera un tema agotado (estuviera muerto)? Créanme que en esa posibilidad cifraba mis esperanzas, ya que se correspondería con no consumir la irremediable labor, y me daría la satisfacción de no convertirme en un

verdugo que condenaría a alguien a no andar más sobre la tierra. Nadie se obsesiona por matar debido a que se trata de un estresante problema que desemboca en graves cuestionamientos morales, y yo no soy la excepción.

Con esa inútil esperanza caminé hasta lo que Liliana me había sido señalado como su vivienda: una construcción desarrapada, mezcla de casa de campo y rancherío. En esta se notaban los dañinos rituales del tiempo, las desidias con que la intemperie cada día ganaba más ímpetu, y las tempestuosas fuerzas de la lluvia que habían derribado un sector del techo de chapa y aguaron con suaves tonos rosados al color de los ladrillos. El lugar era una muestra de cómo la decadencia se enredaba con el mundo.

Ahí, encontré al Señor Gómez con la cabeza gacha y torcida; se lo veía en un inoperante trance, como si anunciara absurdos o se opusiera a estos. Reseñaba inciertos diálogos que alguna vez habría sostenido, y utilizaba exuberantes considerandos que coincidían con sus modismos hipócritas. Hablaba de un agricultor que le debía plata, y de un proyecto que había fondeado porque no se diluyeron los espejismos, es decir, se habían modificado los costos de manera desproporcionada. Las cosas no estaban limpias y tampoco les podía fijar un esplendor. Y voceaba consignas que eran viscerales recuerdos de sus primeras épocas, o bien, probables confusiones de su mente a las que no había que prestar atención.

El hecho que no hubiera muerto me decepcionó, ya que me anuló la opción de volverme atrás como si me hubiera perdido, y a la parquedad de no tener que sacar al arma de mi bolsillo. En ese sitio lleno de rezagos me fue imprescindible obtener su aceptación.

El señor Gómez estaba estragado por innumerables desencantamientos, e ilustraba con su deslucida apariencia a los cambios que hace el tiempo. Por momentos apostaba a inaparentes números de lotería que veía en el lodo, y se declaraba el más amplio ganador dentro del chiquero. Sencillamente no podía derogarlo como si nunca lo hubiera visto.

Ante mi presencia apuntaló su voz con una actitud convencional y casi respetable, pero sus gentiles exultaciones me sonaron como una sutil estrategia de no querer transparentar su temor. Era viejo como un trapo, y estando sentado en una silla del fondo, primero quiso convencerse que no me dirigía a él, y después que yo era un sombrío extraño que pronto desaparecería o evolucionaría hasta hacerme parte del cotidiano silencio que apenas era recortado por los chillidos de pájaros, de los que nunca se sabía si sufrían o tenían alegrías excepcionales.

Yo sería un sujeto anónimo, pero también podría ser un poeta que meditaba sobre la mortandad, y que de ninguna forma caería sobre alguien cuya ausencia de probabilidades era inminente. Sería algo así

como una sombra que opacaba al espacio perteneciente a la luz, pero que de un momento a otro se dispararía de acuerdo a la elemental independencia con que del sol se apartan los sujetos. Y mi voz no se escucharía junto a las cursis reflexiones que le dieron nacimiento (estas contendrían la salvaje arrogancia de alguien al que no le fue requerido que opinase).

Luego de saludarlo le interrogué si recordaba a Liliana, y me habló de certeros trabajos de jardinería que había hecho a una mujer con ese nombre que vivía no muy lejos; era requerido persistir en una marcha hacia el este por algo más de media hora (no se aterró al saber que ella lo estaba buscando, sino que se embarulló con balbuceos). Después de hacer esa imprecisa evaluación, me dijo que la oferta más razonable sería mandar dos obreros para que pinten las antiquísimas paredes de la casa; al precio recién lo puntualizaría cuando averiguase a cuanto estaba el litro de pintura.

A su mente la desperdigaba con esas índoles borrosas, y ágilmente entendí que no opondría resistencias a mi designio. Ese hombre se movía fuera del mundo objetivo que a esa altura le parecería inexplicable. Estaba atrapado en hondonadas de irrealidad, su capacidad de ubicarse en tiempo y espacio era estrecha, y no discernía con celeridad a mis postulados. El Señor Gómez ya no era una persona libre capaz de recorrer al ancho mundo, lo que no obstaba a que mi obligación continuaba siendo violentar su existencia.

Fiel al original emprendimiento, le leí la solemne fórmula de Liliana que lo identificaba como un depravado sujeto, y a su nombre lo pronuncié sin vacilación y le agregué un epíteto humillante. Por supuesto que no le concedí un amable reposo, pero abrevié considerablemente a ese lapso de introducción. El viejo reaccionó con una cercenada sonrisa, y me dijo que yo tenía razón en decir que él era un sujeto apasionado.

Desorientado por como distorsionó mis términos, me impuse ser franco y directo, y le dije que iba a matar al Señor Gómez porque años atrás le ocasionó un enorme perjuicio a la mujer que amo, pese a lo cual (y con la esperanza de obtener su flácida colaboración), le daba la ventaja de saberlo. Para concretar mi iniciativa, las circunstancias, el modo, lugar, y tiempo, debían adquirir un cenit de precisión. Evalué con equilibrio lo inexistentes que eran sus márgenes de acción, a la par de asegurarle que no dejaría nada librado a la buena ventura.

Me pidió que le repitiera la frase, y ahueque mi mano sobre mis labios y los acerqué a uno de sus oídos con la intención de que mi voz lo pusiera en estado de alarma, y matizar con su ejemplar complicidad a la friolera de lo que estaba a punto de suceder. Había fabricado un irrescindible procedimiento, y ciertamente él ya no tenía derecho a lamentar, ni a dar otras versiones de lo acontecido, porque estaba apriorísticamente definida

cuál fue la verdad y que otra cosa que dijera, sería un vano intento por sustituirla (con una mal habida compasión, me sinceré que cualquier persona soslayaría como fuera, al ultimátum que yo traía entre manos). Le expliqué que poseía al increíble poder de borrar milagrosamente la fealdad, y le mostré mi pistola.

Eso no sería una injuria, sino el reacomodamiento de anteriores guarismos; el Señor Gómez vería en mi próximo acto a una conmutación de tipo comercial, o al escape de la terrible vergüenza que si dudas lo venía asediando, por lo que no debía tomarlo como un aciago golpe del azar, sino como lo que sobradamente merecía.

El hombre al fin reparó en mis razones; me refirió que fue desgraciado lo que había hecho y estaba dispuesto a morir, aunque no tenía certezas de lo que había pasado. No le resultaba sorprendente que esa situación tarde o temprano se produjera, lo impenetrable adujo, fue que la había imaginado con símbolos estrambóticos. "Que curioso", me dijo, "durante la noche soñé que llegaban un negro, un árabe, y un oriental, con el interés de invitarme al África, al desierto, y a la recóndita Conchinchina, y ninguno de esos tres concordaba con una descripción suya". Si bien con ese comentario demostró su fragante desfachatez, calculé que solía esperar revelaciones durante los angustiosos instantes de sus pesadillas, procuraba que extrañadas sombras lo inundasen con apestosos conocimientos.

Exasperado por su falta de concentración, me apuré con la voluntad e explicarle (de nuevo) al origen de su inopinada desgracia, y le exigí que observara cuan roídas estaban sus manos, con la intención de que percibiera como el tiempo se le escabullía de los dedos. Pero el Señor Gómez no se puso en guardia, por el contrario, me dijo que pocas semanas atrás se había caído de los bajos peldaños de una escalera, y por suerte no se había fracturado los huesos. Y sus manos tenían las mismas marcas aguadas presentes desde los seis años de edad.

Enojado, le señalé cual era mi indestructible afán, y sin mosquearse me dijo: "Ya lo ha dicho el filósofo [cuyo nombre no reconocí]: para morir no se necesita una causa aceptable sino una efectiva", y una burlona apacibilidad se instaló en su rostro. Enseguida esbozó una incipiente sonrisa por haber extraído de lo insondable de su conciencia a ese escasamente célebre acertijo que sería parte de un ameno libro... o de un apéndice de éste [¡en realidad ya no importa!].

Sólo al final de mis jadeantes directivas llegamos a un entendimiento, aunque no nos dimos loas unánimes. A eso lo percibí como un avance, e incluso me tomé una pausa con el fin de reducir al estrés que me envolvía. Llevaríamos a cabo la cruenta metamorfosis que hace que la tenue melodía de la vida se apague. Hablando, habíamos alcanzado un consensuado punto de partida. Pero me harté de tantos rodeos, y con el

propósito de que no me distrajera con otra de sus truhanerías, le pregunté cómo se llamaba uno de los gallos que correteaba por los estropeados caminos laterales rellenos con barro y piedritas coloradas. Le señalé al que me pareció que mantenía una cercanía amistosa, y cuyas severas circunstancias de vida sobresalían de inmediato. Me respondió que no ponía nombres a los bichos, ya que eran para comer y no los tenía como mascotas. "Si les pusiera nombres me daría remordimiento matarlos", me dijo desapasionado, pero perfilando una simetría que juzgué adecuada. Ese fue un raro y feliz instante en el que, a pesar de lo tenebroso que se avecinaba, se insinuaba un árido acuerdo. Inmediatamente, dejó escapar un suspiro de muy corta duración, y sondeó con su dedo a uno de los hoyos de su nariz con el fin de quitarse las blanduras que tenía pegoteadas. Esa indolencia no se armonizó con los efectos que pretendí inculcarle, por lo que antes de que se dejara arrastrar por la apatía, le ordené que le pusiera un nombre al gallo, y no uno cualquiera, sino que lo llamara Señor Gómez con el objetivo de que sus avatares encajaran dentro de una base afín. A esa urdimbre había que hacerle cuanto antes, por lo que, poniéndolo debajo de una llave de agua, el viejo lo preordinó con un bautismo que ningún cura se hubiera atrevido a invalidar. Sus rezos fueron dominados por la emoción, como si se hubiera compenetrado con gozos en una intempestiva ceremonia fúnebre.

Pronto y sin reluctancias, expresamos desasosiego por la inmediatez que tiene la vida con la muerte, mientras que el ave a través de esa "creatio ex nihilo", adquirió una nueva e impensada personalidad. Se convirtió en el sujeto interpósito que se acomodaría al destino del Señor Gómez; un cándido que, por la abrupta interferencia de un nombre se transformó en un pérfido.

Así, le disparé al Señor Gómez, que después de un desesperado aleteo murió de acuerdo a la rencillosa culminación de una venganza. Porque había llegado hasta esa sección de la nada con la idea de ejecutar una sentencia de muerte, y eso fue lo que hice (aunque en la práctica impuse una pequeña perversión). Con esa táctica inaudita me probé a mí mismo, y le demostré a Liliana que reunía el suficiente coraje. En ningún momento titubeé a pesar de que se podría decir que utilice las inmemoriales lógicas de los espejos.

Después, le apunté con mi dedo al viejo que murmuraba insipideces que no supe si fueron demoradas objeciones a mi proceder, o lamentaciones por haber perdido a un amigo. Y me marché entristecido por la grandeza y vacuidad de mi obrar, y con la paradójica insensatez de haber matado al Señor Gómez y a la vez dejarlo vivir para que se pudra en su infierno. Circulé (me creí capaz de hacerlo), calculando que la historia seguía un curso sin desvíos.

Un rayo de luz se filtró en una solitaria nube como intentando descifrar lo acaecido, y salí por el zaguán que en sus remotos comienzos no habría

estado tan roto. Volvía a pasar frente a una escuela, una iglesia, y un edificio de no sé qué institución, y no me retrasé en subir a la plataforma del andén para tomar al primer tren que enfilaba en dirección contraria a la de mi arribo. A partir de ahí, las rimbombantes explicaciones serían brindadas por las distancias, pero sin suerte intenté persuadirme que maté por desinterés, altruismo, y generosidad.

Aún no sé porque lo hice... supongo que por estar enamorado; no en vano una conocida maldición árabe implora: "Ojalá te enamores". Fue el amor lo que me dio fuerzas para adelantarme con esa temible acción. Me retraigo y me comprometo a quitar de mi mente a este absurdo si no consigo darle una sosegada valoración. Tengo miedo que me juzgasen por lo que hice sin darme tregua, o que lo simbólico desplome a la realidad. Siendo la cinco y media de la tarde, estoy volviendo en tren a Buenos Aires cargando los sentimientos de culpa de un asesino.

Fin